

HUMO

(Andrés Escapa, Pablo)

A Concha Lois

Quien por correr mundo haya creído que lo tiene visto todo, es que no supo regresar como es debido. A mí, que ya he dado siete vueltas a los siete mares alimentando la caldera de un vapor y casi tantas a toda la tierra firme, siempre me pareció que aquello de ver ponerse soles uno y otro día desde el puente de una nave, en algún confín remoto, era función menos amena que abrir la puerta de la cocina, de vuelta a la aldea, para saludar al fuego que seguía allí temblando como el día de marchar.

Por esos mares que digo era yo quien me ocupaba de tener la llama siempre viva, sobre todo de que no faltara lumbre cuando tocaba enfrentarse a olas que quisieran dejar sin alma a la caldera, con un lengüetazo de sal. Pero esa brasa de poco sirve para entrar en fantasías, que únicamente trae cuenta de no desfallecer por vivir más que el vendaval que amenaza con llevarnos. Y uno tiene que enrabiarla por encima de la galerna, una lumbre muy pequeña en medio de un océano pero capaz de sujetar un rumbo con firmeza y de llevar prendidos en su aliento, como entre ascuas, todos los corazones que luchan por sobrevivir. Poco saben esos fogonazos sostenidos a paladas de la otra lumbre que se aviva con el mundo en calma, bajo una chimenea inmóvil y solo por el gusto de soñar.

Fíjense: no es hasta que uno se sienta junto al hogar sin otro oficio al que atender que el de dejarse las pupilas en las llamas, como quien le acepta un baile al fuego que emborriona la mirada y la pierde entre enredos de humo, que vale algo lo que se ha visto muy lejos. Cada vez que he regresado después de años de marear, sin ceder una jornada al puro ensueño ni una hora al abandono, no tengo más que acercarme a la lumbre de casa para que empiece a desatárseme la imaginación. Y la lengua. Entonces, frente a la intriga de las llamas, me pongo yo a recordar prodigios y novedades que no me parecieron de tanto mérito cuando los tuve frente a mí. Pero no crean que echo cuentas de lo perdido ni de lo pasado sin sentir, que ya es olvidar antes de tiempo. De algo ha de valer la fantasía. ¿No reparé bastante en no sé qué fiera espantable que nos salió al paso en la isla de Diranda? Tengo ahora, frente al fuego del hogar, la ocasión de rescatarla, y de afirmarla en sus detalles como mejor me parezca, añadiéndole patas y quitándole rabos, o pintándole manchas que no sé si tuvo nunca y haciéndole brotar de la garganta una voz de arpa que levantaba un viento favorable para navegar. Y entonces, cuento que con esa música en la memoria navegamos siete meses sin estorbo, dejando un estela de espuma que podía ararse con los dedos a la ida para recoger en el viaje de vuelta, sin necesidad de siembra alguna, una cosecha de cuerdas de plata. Hay noches en las que el fuego parece entregármese con tal ingenuidad que dudo si no será mi voz la que alimenta su espíritu o más bien será todo lo contrario: que es la confianza que dan las llamas lo que acaba invadiéndome para ponerme palabras en los labios que arden en las miradas de los que me escuchan, hasta hacer un gran rescoldo de la noche. Y allí, lo último que se apaga bajo las estrellas encendidas, es una voz. Luego, en el silencio que nos va retirando a todos en busca del sueño, sentimos palpar la noche sobre nuestras cabezas, como si fuera un inmenso animal dormido que rumiara el ensalmo de las palabras apenas pronunciadas. Y sale uno a la puerta de casa a despedir a los oyentes por verlos alejarse con su andar recogido. Rara es la ocasión en la que alguno no se

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XXI, 77 (septiembre-diciembre, 2015)

vuelve para decir adiós antes de desaparecer en la noche. Y por encima de todos, los que se van y el que los mira, la chimenea alarga la fábula de lo recién contado meciendo un humo blanco cielo arriba.

Les digo todo esto porque acaso no hayan escuchado nunca una historia junto al fuego de una cocina después de una ausencia muy larga. Y porque yo mismo necesito convencerme de que fue esa hermandad, tanto como mi imaginación, la que hizo milagroso el cuento que se me ocurrió aquella noche. Les diré también que la nieve, que cubría árboles, casas y montes hasta donde alcanzaba la vista, tuvo su parte en el encantamiento que nos envolvió a todos, especialmente a Ventura. Y ahora que lo menciono, dudo si no habría sido mejor empezar por ese nombre y pasar seguido a la nieve, el fuego y la cocina de mi tía Asunción la noche en la que entró Ventura y se sentó a escuchar junto a la lumbre. Pero bien sé que es más fácil corregir el rumbo torcido de una nave, por más que el mar azote, que enderezar los caprichos de un cuento que no quiere echarse al mundo sin su ración previa de avisos y promesas. Solo imaginen la noche blanca, como un mar inmóvil de espuma, y en algún rincón humilde de aquel regazo hecho de nieve, una lumbre pequeña en una cocina, con las llamas y los ánimos atentos a escuchar.

Había yo desembarcado la última semana del año y dejando atrás puerto y adioses que bien pudieran ser definitivos, tal es el azar con que se arman y desarman las tripulaciones, crucé riberas, atravesé montes y seguí caminos hasta llegar a mi aldea, que es lugar de mucho retiro. Entré en casa con enero recién estrenado y alentando un frío de hielo. Me recibió mi tía Asunción, alivio de navegantes y consuelo del huérfano que he sido desde niño, a mesa puesta y con un pañuelo muy blanco en el puño, donde en una punta que asomaba entre los dedos iba a morir la lágrima que siempre se le desbordaba en el reencuentro. Pasé empujado ya por los primeros copos, y sin tiempo de quitarme el abrigo, me llevó ella a una ventana para que mirase, mas no por renovar esa sensación de amparo que da ver nevar bajo cubierta, sino por descubrir a un desconocido que atendía a las nubes delante de una chabola. «Ventura», declaró mi tía en un tono que me pareció de nerviosismo, acaso de preocupación. Había llegado con los últimos días del verano, y en aquel terreno que daba ya a monte y que mi padre perdiera poco antes de morir en una partida de cartas, se había instalado en la que fuera una antigua caseta de leña y herramientas. Por lo visto estaba a la espera de que viniese la familia. «¿Y dónde la dejó?», le pregunté a mi tía. La vi mirarme con algo de incomodidad, mientras traía el pan a la mesa. «Yo no sé, hijo, pero viéndole la cara la tendrá en África lo más cerca». Luego, apelando a mi condición de hombre de mundo, me pidió que hablara con él porque apenas le entendía una palabra. Quería ella advertirle de unas cuantas conveniencias propias del país, empezando por cómo calzarse las madreñas, siguiendo por el arte de poner el caldo y acabando por el modo de atender las berzas que tenía sembradas porque –esto lo dijo entre impaciente y pesarosa–, bien se echaba de ver, sin necesidad de acercarse, que le faltaba mano para el huerto. Miré de nuevo a aquel vecino inesperado, hundido bajo un abrigo que le sobraba por todas partes. Me pareció que temblaba bajo el paño. Y fue en aquel escrutinio más detenido cuando reparé en que el rostro del hombre era igual de oscuro que la sombra que llenaba la capucha con la que se cubría, en cuyo fondo, dos ojos tan abiertos que parecían dos faros solo blancos, miraban con asombro al cielo nevador.

Esa misma tarde me presenté ante Ventura llevándole un cordel de parte de la tía y el encargo de que atara con él las berzas por hacer más tierno el repollo. Supe que había

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XXI, 77 (septiembre-diciembre, 2015)

navegado hasta allí zarpando de Cabo Verde, al reclamo de las minas de carbón. Trabajaba para el dueño del terreno y la caseta que fueran de mi padre. En un portugués que no me costó adivinar, porque era el de muchos navegantes que yo había cruzado en mis derrotas, entendí también que su familia estaba de camino: la mujer y un hijo que debía nacer pronto. Eso lo dijo volviendo a mirar el cielo del atardecer, que cada vez parecía estar más cerca de la tierra derrumbándose en copos que borran todos los caminos.

Aquella noche el mundo se hizo blanco y desapareció el horizonte. A donde se mirase no había más que nieve. Tanta llegó a juntarse que el suelo y los tejados se abrazaron para estrenar un nuevo reino que abolía las ventanas. Fue así, bajo el peso de la nieve acumulada, como empezó a vivirse en una suerte de deslumbramiento sigiloso, perdidos en una oscuridad azul que invadía el interior de las almas y de las cocinas. El temporal se prolongó y pronto perdimos la cuenta de los días, sumidos en un estado de tranquilo desconcierto donde las horas de vigilia se confundían con las del sueño sin que las campanadas de los relojes resolvieran el tránsito del día y de la noche.

No sabría ponerle fecha ni hora precisa al primer sobresalto de aquellos días sin huella. Pero lo recuerdo bien: fue el vozarrón del alguacil saludándonos por la chimenea. «¡Salió el sol!», gritó con fuerza. Mi tía perdió el punto que llevaba en la labor y dio un respingo que me sacó a mí de la siesta. Pronto aquella conversación en la que una voz se interesaba por las novedades de una casa y daba razón de las suyas, desató una urgencia por hablar y saludarse que llevó a todo el vecindario a abrir sendas sobre los tejados y a mantener conversaciones muy animadas por las chimeneas. A unos nos entretenían el desayuno con la lectura de una hoja arrancada al calendario del Sagrado Corazón y a otros, menos conscientes del día y del momento, los sacaban del error de estar cenando a deshora, que era media mañana y tocaba almorzar. Pero no creo que nadie supiera con seguridad el día en que vivíamos.

Yo no quise ser menos e hice senda aérea hasta la cabaña de Ventura. Salí por el balcón a golpe de pala, sudando como si hubiera vuelto a la caldera del barco. No me recibieron las llamas del horno pero el sol, ardiendo sobre la nieve, bien podía reñir con aquel fuego que yo sabía sostener sobre las olas. Y ahora, atiendan a la novedad: en mi viaje sobre los tejados, pude ver que el humo de las chimeneas declaraba el ánimo de cada casa. Unas echaban a volar una nube densa y muy negra, acaso amarga; otras teñían el aire con una alegría contagiosa, como si la humareda convidara al cielo con cabriolas; de casa de Albina el humo ascendía dibujando un pan creciente, igual que si festejara su buena mano con las empanadas, y la de Eusebio y Benilde, que se habían casado la semana de mi llegada –con ella tenía que haberme quedado yo de no haber sido tan botarate, me recordó la tía al darme la noticia–, levantaba un humo dormido con un abandono que hacía pensar en un rebaño de mantas puestas sobre sábanas de hilo recién salidas de un arcón. El humo de casa era ordenado como una cuenta de rosario, o como los puntos en el costureo de la tía, y con alguna zozobra en sus evoluciones que debía ser influencia de sueños míos dejados junto al hogar. Con un pie ya en la joroba nevada que había de ser el tejado de Ventura, observé de cerca su chimenea: humeaba a

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XXI, 77 (septiembre-diciembre, 2015)

medio gas y sin aliento, igual que si faltara ánimo en su interior. Le di una voz y no tuve respuesta. Entonces, quién sabe si porque aquella marea de tejados emergiendo de la nieve con sus chimeneas como surtidores me hizo pensar en una junta de ballenas resoplando al viento, me acordé de un grito que le había oído una vez a un marinero de Azores: «¡Heróis do mar, levantai o braço vencedor!». Y fue lo que grité por la chimenea. Desde dentro, una voz que parecía un lamento, como solo las voces portuguesas saben llorar, respondió: «levantai, sí, mas não chegan os meus». Invité a cenar a aquel hermano al que no le llegaba la familia con el temporal. Y volví a casa alegre y dando un rodeo, figurándome caminos que eran jorobas de ballenas blancas todavía sin hollar.

Cenamos los tres muy reposadamente: el negro Ventura, mi tía Asunción y yo. De los alimentos que desfilaron por aquella mesa nada diré, salvo el grandísimo aprecio que mi tía, poco dada a heterodoxias, le hizo a un cuenco con naranjas de la China que había traído yo de mi último viaje. Y se me ocurre ahora que debió ser justamente la nación de las naranjas lo que me inspiró la historia que empecé a contar, ya sentados los tres frente a la lumbre. Aunque, a decir verdad, no hubo de tener menos parte en la invención la nieve que nos tenía prisioneros, que en seguida me vi pidiendo a mi auditorio que imaginara una celda del tamaño de nuestra cocina, sin nieve que estorbara la fuga pero con rejas y penumbras impuestas sobre los que allí estábamos presos por orden del Gran Emperador de la China. «Era, como hoy, la víspera de Reyes», eché cuentas favorables a mi propósito, por más que no supiera el día en que vivíamos, pero noté que las llamas aprobaban estirándose atentas a lo que había de venir. «Entre los prisioneros de aquel gran señor que tiene palacio y pagoda de dragones dorados en Pekín, había uno de los tuyos», dije mirando a Ventura, «un fogonero que se llamaba Babani». Trabajábamos juntos. Era un hombre fuerte y de pocas palabras, de los de fiar. Mientras todos nos quejábamos de aquella prisión y de la mala suerte de nuestro destino, que por desconocer la causa del encierro solo servía para inspirarnos pensamientos amargos, él callaba. Yo le pregunté una vez, viendo que llevaba días en un rincón y haciéndolo más triste que al resto porque no decía una palabra: «¿qué tal vamos, Babani?»; y él contestó: «más fresco que en la caldera». Vi sonreír a mi tía, y que asentía como quien aprueba. A mí, en cambio, no se me ocurría espacio más angustioso que el de aquella celda para pasar el tiempo. Preguntábamos al carcelero por nuestra suerte y no había respuesta. Si era la razón de nuestro encierro lo que pedíamos saber, nos mandaba callar. Ya convencidos de que nada se nos dejaba entender porque éramos víctimas de alguna misteriosa maquinación del dueño de la China que incluía el silencio en su amenaza, dimos en tramar cómo escaparnos de allí. Mas no había manera de conspirar ni de ponerse manos a la obra tratando de roer los bordes de una tronera o de tentar la flaqueza de un barroto, porque siempre había un soldado de guardia. Algunos compañeros gritaban de desesperación ante el paso inútil de las horas; otros se herían las uñas labrando calendarios en la cal de las paredes que pusieran plazo al cautiverio. Y murmurábamos y comíamos y soñábamos y dábamos vueltas al contorno de la celda con el guardián siempre puesto de cara hacia nosotros. «Ganas pasé yo», le dije a mi tía, «de hacer alguna payasada para aquel espectador tan impasible». Ella suspiró al tiempo que se volvía hacia Ventura en busca de un consenso que ilustró con un devaneo de las manos junto a la cabeza, para aclarar con mucha gravedad: «a este sobrino mío siempre le fueron los esparavanes». Pero Ventura no se inmutó. Yo bien veía que sus ojos

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XXI, 77 (septiembre-diciembre, 2015)

reclamaban más historia porque me miraban muy abiertos, haciéndole sitio al baile de las llamas en su centro. De modo que cuando separó los labios para decir «¿y Babani?», sentí que en su ruego cabían las demandas de la curiosidad propia y las embajadas del fuego por seguir ardiendo con palabras. «Babani, después de aquella primera impresión que le causó la celda, no volvió a decir una palabra», respondí yo. Vivía perdido en sus pensamientos y ni siquiera levantó la cabeza, que siempre la tenía apoyada en los brazos y vuelta a la pared, como si soñara de espaldas al mundo, el día que golpeó la reja nuestro carcelero. Aún vibrante el hierro, habló el centinela para comunicarnos la decisión del Gran Kan. El dueño de la China había dispuesto que a la mañana siguiente, que era el seis de enero del calendario consagrado al culto del gallo en aquel remoto suelo, nos cortarían la cabeza apenas cantara la divinidad. «Precisamente el día de los santos Reyes», recuerdo que pensé yo. Y lo dije mirando de reojo a la tía, a la espera de alguna censura suya sobre mi falta de buen juicio en plena adversidad. Pero no pestañeaba. Y Ventura tampoco. De manera que seguí con el cuento, y me pinté triste, como los demás, abrazándonos todos por rebajar con los afectos el rigor de un castigo del que ya ni se pedían explicaciones. Después de haber perdido la cuenta de las marcas hechas casi con sangre en la pared, de pronto importaba solo la inminencia de un plazo, el de la última raya que nos quedaba por vivir. Apesadumbrados, con el pobre consuelo de sabernos juntos en la misma calamidad, nos fuimos quedando cavilosos y sentados por el suelo, entregados al abandono de los últimos recuerdos que nos consolaran ya la poca vida. «¡Cuánto pensé yo entonces en usted y en que no volvería a abrazarla en esta cocina, tía!», rematé antes de sonarme la nariz. Y la tía sacó también el pañuelo y me acompañó en un gesto que alargó algo más, porque acabó subiéndolo a los ojos en un vuelo muy disimulado para secarse una lágrima, antes de dejarlo previsoramente a mano en el borde de la silla.

«Desde que nos anunciaran la condena», proseguí, «nadie rompía ya aquella reserva en la que nos habíamos sumido, que era como un disimulo colectivo ante la adversidad». El caso es que quizá al amanecer, y a lo mejor no mucho antes de que cantara el gallo, Babani, que no había hecho ni por abrazarnos cuando a todos nos animó unirnos en la despedida, se puso en pie. Nos miró desde su altura con mucha calma, uno por uno. Tenía en los ojos una fiebre que a mí me recordaba a la victoria del horno cuando lo desborda la llama y se sabe dueño del huracán. Con esa pasión miró a lo alto. Y estando así, alzó los brazos hacia la bóveda oscura de la prisión en un gesto que más parecía de ofrecerse al cielo que había de cubrir al mundo entero por encima. Entonces dio tres palmadas poderosas. También yo las di, muy reposadamente. Y no exagero un punto cuando digo que en la cocina de mi tía las llamas dejaron de moverse apenas dados los tres golpes.

Aún se estaba en el aire el eco de las manos recién batidas cuando vimos que el guardián dejaba caer su lanza. Retrocedió perseguido por un resplandor que, poco a poco, fue saliendo de las estrechuras del pasillo para inundar el pie de la reja. Era como si el sol negara las prisiones alumbrándolo todo en su camino. Y cuando los cautivos nos habíamos replegado hasta dar con la espalda en lo más profundo de la celda, también recelosos de la luz recién llegada, surgieron de su entraña blanca tres caballeros muy barbados, los tres fumando en pipa de larguísima caña, que a mí me pareció de

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XXI, 77 (septiembre-diciembre, 2015)

nácar por sus fulgores, y muy tiesos en lo alto de unas caballerías que nadie se explicaba cómo habían podido pasar por las angosturas del corredor que cruzaba la muralla hasta la celda. Sin decir palabra, los tres fumaron con parsimonia de las pipas y cerrando los ojos juntaron humos en el aire. «Y allí fuimos testigos de otro prodigio», anuncié yo ante mis dos oyentes, «mayor que el de la llegada de aquel trío». Porque delante de nuestros ojos vimos cómo la nube salida de sus labios temblaba y se mecía hasta tomar la forma de una llave. La alentaron ellos con mucho mimo para que dulcemente viniera a dar en la cerradura de la celda, por cuyo ojo se fue adelgazando hasta desaparecer. Se abrió la puerta sin un ruido, y de los de dentro, solo Babani supo dar pasos hacia fuera, donde hizo una reverencia a los jinetes y con mucha naturalidad tomó a una de las monturas por la brida. Todavía amontonados contra la pared, le vimos acariciar la frente de aquel caballo, que por la estampa bien podía ser de Arabia, y conducirlo luego abriendo el cortejo de aquellos tres señores con la familiaridad de quien les ha precedido muchas veces y acaso muchas leguas. Los demás solo fuimos capaces de despegarnos del fondo de la celda cuando ya el ruido de los cascos se había perdido a lo lejos, en los confines oscurísimos del corredor.

Ya les decía al principio que no hay como un fuego familiar para entrar en fantasías. La novedad es que el fuego de aquella noche hubo de estar tan atento a las palabras más ardientes que acabó por consumir lo que pudieran traer de menos mérito para hacer cierto solo lo soñado. Porque el caso es que a Babani, ante la lumbre de casa, lo estaba yo añorando con mayor desconsuelo ahora que lo había puesto al servicio de los magos de Oriente que cuando en realidad dejó el barco para quedarse de farero en una punta de Timor, que es seguir en el oficio de alumbrar los mares, dejándome solo en la caldera. Y resultó que la lumbre, que volvía a temblar, parecía sufrir la misma ausencia y empezó a crecerse menos en las brasas que en los ojos de Ventura, puesto en pie de pronto y de pronto con el rostro iluminado, como si el rescoldo del hogar hubiese mudado de residencia. Le vi el mismo brillo en la mirada que el que yo acababa de ponerle a mi antiguo fogonero en las mágicas prisiones de la China. La tía y yo lo vimos subir las escaleras sin atrevernos a llamarlo, que parecía un caminante en sueños, y sin interrumpir aquellos pasos lo seguimos hasta que llegó al balcón, de donde saltó con toda facilidad al tejado para seguir, ya solo, hasta confundirse con la noche. «Vaya unos modos», expresó la tía su asombro. «Ni despedirse siquiera». La chimenea dejaba volar un humo vacilante, como un hilo de escarcha dudoso bajo las estrellas.

Por la mañana busqué las pisadas de Ventura. Como temía, dejaban atrás el tejado de su casa para abrir senda monte arriba. Corrían a perderse casi voladoras, que iban por la punta de las ramas que dejaba la nieve respirar. No sé por qué me consoló pensar que aquel hombre llevaba la misma senda que los pájaros. Con la tía anduve mohíno y retraído todo el día, con pocas ganas de hablar. Tenía yo el mal presentimiento de que mi historia había servido para que Ventura se trastornara, echándose a andar sabe Dios por qué apurados rumbos con aquella nevada que negaba todos los caminos. Pasé buena parte del día en el tejado, mirando el horizonte. Con el sol a punto de ponerse me llegó la voz de la tía por la chimenea: «¿Pero qué haces tanto rato ahí arriba, querido?». «Mirar si vienen los Reyes», le respondí.

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XXI, 77 (septiembre-diciembre, 2015)

Ante la sopa de la cena aún seguía yo callado, pendiente de imaginar a Ventura muriéndose de frío por alguna lejanía que iría cruzando con esos ojos de hombre metido en fiebres. Qué seguros me parecieron los fideos varados en el plato. «Han de tardar», me sacó la tía de mis cavilaciones. Y poniéndole mucha intención a la voz, al tiempo que se levantaba para retirar la sopa, añadió: «Los Reyes, digo. Teniendo en cuenta que ayer los mandaste a la China...».

Con la mesa recogida los dos nos sentamos junto al fuego. El sonido de las agujas de la tía parecía marcar el tiempo con más aplomo que un reloj. Yo me imaginaba que el humo salía dormido por la chimenea en busca de la noche, mecido por el arrullo de los puntos. Y a punto de dormirme estaba con esa música de agujas que también sabía poner al fuego en sueños, cuando lo que surgió del hogar fue un atropello de chispas, sobresaltadas por una voz que gritaba desde arriba: «¡Heróis do mar, levantai o braço vencedor!»). Yo sí que levanté los brazos, y estiré las piernas escaleras arriba, tropezando hacia el balcón. Lo abrí de golpe y con otro movimiento del brazo rompí los carámbanos que querían ponerle rejas al ventanal. Solo entonces, tembloroso de emoción, tendí las manos al frío para ir recibiendo lo que venía del tejado.

Aún sentada junto al fuego, la tía había dejado la labor sobre el regazo para atender a los pasos que bajaban por la escalera. Al entrar en la cocina me hice a un lado para que el cortejo que venía detrás pudiera asomarse sin estorbos. Y fue así como entró en el cerco de la luz que ponían las brasas del hogar, una mujer cubierta con un velo muy largo que avanzó despacio hasta llegarse al borde de las llamas. Se inclinó junto a ellas, casi al pie de mi tía, y allí entreabrió los brazos y desenredó pliegues del manto para mostrar el tesoro que la tela recogía: la cara de un niño dormido que al calor de la lumbre se removió primero, logró entreabrir un ojo después y acabó bostezando muy desahogadamente hacia las brasas. La lumbre recogió el saludo y levantó la llama, como si correspondiera. Entonces la mujer acercó su cara a la del niño, y meciéndolo, empezó a cantarle una canción en voz muy baja. Un paso por detrás, Ventura sonreía apoyado en un paraguas.

Lo que son las cosas: de pronto, aquel negro más bien menudo, me pareció tan alto como Babani cuando apuntalaba las manos sobre el mango de la pala para descansar. Y sentí como si soplara de bolina al pie de la escalera, aunque bien sabía que aquella corriente era del balcón que había quedado sin cerrar. Subí sin hacer ruido, que abajo dormía un niño. Pero antes me asomé para ver el humo de la chimenea: salía muy blanco a templar la noche y abría en la helada un sendero redondo y músico, como el murmullo de una nana que se canta junto al fuego del hogar.

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XXI, 77 (septiembre-diciembre, 2015)